

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales.

Este número 83 es una antología de Julio Flórez, preparada por la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, para esta colección, bajo el título: *Todo nos llega tarde*.



N.º 83

Todo nos llega tarde



Julio Flórez

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL

2012

ISBN 978-958-710-

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2012

Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia

Tel. (57 1) 342 0288

dextensionc@uexternado.edu.co

www.uexternado.edu.co

Primera edición

Agosto de 2012

Ilustración de cubierta

Mar tormentoso con naufragio en llamas,

por WILLIAM TURNER, óleo sobre lienzo 99.4 x 141.6 cm.,

1835-40, Galería Tate, Londres

Diseño de carátula y composición

Depto. de Publicaciones

Impresión y encuadernación

Nomos Impresores

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

UNIVERSIDAD
EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao Pérez
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

TODO NOS LLEGA TARDE

Todo nos llega tarde, –hasta la muerte–
Nunca se satisface ni se alcanza
la dulce posesión de una esperanza
cuando el deseo acósanos más fuerte.

Todo puede llegar: pero se advierte
que todo llega tarde: la bonanza,
después de la tragedia: la alabanza,
cuando ya está la inspiración inerte.

La Justicia nos muestra su balanza
cuando sus siglos en la Historia vierte
el Tiempo mudo que en el orbe avanza;

Y la Gloria, esa ninfa de la suerte,
solo en las viejas sepulturas danza.
Todo nos llega tarde: –hasta la muerte–

MIS FLORES NEGRAS

Oye: bajo las ruinas de mis pasiones,
en el fondo de esta alma que ya no alegras,
entre polvo de sueños y de ilusiones
brotan entumecidas mis flores negras.

Ellas son mis dolores, capullos hechos
los intensos dolores que en mis entrañas
sepultan sus raíces cual los helechos,
en las húmedas grietas de las montañas.

Ellas son el recuerdo de aquellas horas
en que presa en mis brazos te adormecías,
mientras yo suspiraba por las auroras
de tus ojos... auroras que no eran mías.

Ellas son mis gemidos y tus reproches
ocultos en esta alma que ya no alegras;
son, por eso, tan negras como las noches
de los gélidos polos, mis flores negras.

Guarda, pues, este triste, débil manojo,
que te ofrezco de aquellas flores sombrías;
guárdalo, nada temas, es un despojo
del jardín de mis hondas melancolías.

RESURRECCIONES

Algo se muere en mí todos los días;
del tiempo en la insonora catarata,
la hora que se aleja, me arrebatada,
salud, amor, ensueños y alegrías.

Al evocar las ilusiones mías,
pienso: «¡Yo, no soy yo!» ¿Por qué, insensata,
la misma vida con su soplo mata
mi antiguo ser, tras lentas agonías?

Soy un extraño ante mis propios ojos,
un nuevo soñador, un peregrino
que ayer pisaba flores y hoy... abrojos.

Y en todo instante, es tal mi desconcierto,
que, ante mi muerte próxima, imagino
que muchas veces en la vida...he muerto.

DESHIELO

Nunca mayor quietud se vio en la muerte;
ni frío más glacial que el de esa mano
que tú alargaste al expirar, en vano
y que cayó en las sábanas, inerte.

¡Ah...! yo no estaba allí. Mi aciaga suerte
no quiso que en el trance soberano,
cuando tú entrabas en el hondo arcano,
yo pudiera estrecharte y retenerte.

Al llegar, me atraieron tus despojos;
cogí esa mano espiritual y breve
y la junté a mis labios y a mis ojos.

Y en ella, al ver mi llanto que corría,
pensé que aquella mano, hecha de nieve
en mi boca al calor... se derretía.

IDILIO ETERNO

Ruge el mar y se encrespa y se agiganta;
la luna, ave de luz, prepara el vuelo
y en el momento en que la faz levanta,
da un beso al mar, y se remonta al cielo.

Y aquel monstruo indomable que respira
tempestades y sube y baja y crece,
al sentir aquel ósculo, suspira...
y en su cárcel de rocas... se estremece.

Hace siglos de siglos que de lejos,
tiemblan de amor en noches estivales:
ella le da sus límpidos reflejos,
él le ofrece sus perlas y corales.

Con orgullo se expresan sus amores
estos viejos amantes afligidos:
ella le dice «¡te amo!» en sus fulgores,
y él responde: «¡te adoro!» en sus rugidos.

Ella lo duerme con su lumbre pura,
y el mar la arrulla con su eterno grito
y le cuenta su afán y su amargura
con una voz que truena en lo infinito.

Ella pálida y triste, lo oye y sube,
le habla de amor en su celeste idioma,
y, velando la faz tras de la nube,
le oculta el duelo que a su frente asoma.

Comprende que su amor es imposible,
que el mar la copia en su convulso seno,
y se contempla en el cristal movable
del monstruo azul, donde retumba el trueno.

Y al descender tras de la sierra fría,
le grita el mar: «¡En tu fulgor me abraso!
¡no descendas tan pronto, estrella mía!
¡estrella de mi amor... detén el paso...!

¡Un instante mitiga mi amargura,
ya que en tu lumbre sideral me bañas!
¡no te alejes!... ¿no ves tu imagen pura,
brillar en el azul de mis entrañas?»

Y ella exclama en su loco desvarío:
«¡Por doquiera la muerte me circunda!
¡Detenerme no puedo, monstruo mío!
¡Compadece a tu pobre moribunda!

Mi último beso de pasión te envío,
¡mi casto brillo a tu semblante junto!...»
y en las hondas tinieblas del vacío,
hecha cadáver, se desploma al punto.

Entonces el mar, de un polo al otro polo,
al encrespar sus olas plañideras,
inmenso, triste, desvalido y solo,
cubre con sus sollozos las riberas.

Y al contemplar los luminosos rastros
del alba luna en el oscuro velo,
tiemblan de envidia y de dolor los astros
en la profunda soledad del cielo.

Todo calla... el mar duerme, y no importuna
con sus gritos salvajes de reproche,
y sueña que se besa con la luna
¡en el tálamo negro de la noche!

LA ARAÑA

Entre las hojas de laurel, marchitas,
de la corona vieja,
que en lo alto de mi lecho suspendida,
un triunfo no alcanzado me recuerda,
una araña ha formado
su lóbrega vivienda
con hilos tembladores
más blandos que la seda,
donde aguarda a las moscas
haciendo centinela,
a las moscas incautas
que allí prisión encuentran,
y que la araña chupa
con ansiedad suprema.

He querido matarla:
Mas... ¡imposible! Al verla
con sus patas peludas
y su cabeza negra,
la compasión invade
mi corazón, y aquella
criatura vil, entonces,
como si comprendiera
mi pensamiento, avanza

sin temor, se me acerca
como queriendo darme
las gracias, y se aleja.
después, a su escondite
desde el cual me contempla.

Bien sabe que la odio
por lo horrible y perversa;
y que me alegraría
si la encontrara muerta;
mas ya de mí no huye,
ni ante mis ojos tiembla;
un leal enemigo
quizás me juzga, y piensa
al ver que la ventaja
es mía, por la fuerza,
que no extinguiré nunca
su mísera existencia.
En los días amargos
en que gimo, y las quejas
de mis labios se escapan
en forma de blasfemias,
alzo los tristes ojos .
a mi corona vieja,
y encuentro allí la araña,
la misma araña fea

con sus patas peludas
y su cabeza negra,
como oyendo las frases
que en mi boca aletean.

En las noches sombrías,
cuando todas mis penas
como negros vampiros
sobre mi lecho vuelan,
cuando el insomnio pinta
las moradas ojeras,
y las rojizas manchas
en mi faz macilenta,
me parece que baja
la araña de su celda,
y camina... y camina...
y camina sin tregua
por mi semblante mustio
hasta que el alba llega.
¿Es compasiva? ¿Es mala?
¿Indiferente? Vela
mi sueño, y, cuando escribo,
silenciosa me observa.
¿Me compadece acaso?
¿De mi dolor se alegra?
¡Dime quién eres, monstruo!

¿En tu cuerpo se alberga
un espíritu? Dime:

¿Es el alma de aquella
mujer que me persigue,
todavía, aunque muerta?
¿La que mató mi dicha
y me inundó en tristeza?

Dime: ¿Acaso dejaste
la vibradora selva,
donde enredar solías,
tus plateadas hebras,
en las oscuras ramas
de las frondosas ceibas,
por venir a mi alcoba,
en el misterio envuelta,
como una envidia muda,
como una viva mueca?
¡Te hablo y tú nada dices,
te hablo y no me contestas!
¡Aparta, monstruo, huye
otra vez, a tu celda!

Quizás mañana mismo,
cuando en mi lecho muera,
cuando la ardiente sangre
se cuaje entre mis venas

y mis ojos se enturbien,
tú, alimaña siniestra,
bajarás silenciosa
y en mi oscura melena
formarás otro asilo,
formarás otra tela,
sólo por perseguirme
¡hasta en la misma huesa!

¡Qué importa!... nos odiamos,
pero escucha: no temas,
no temas por tu vida,
¡es toda tuya, entera!
Jamás romperé el hilo
de tu muda existencia.
¡Sigue viviendo, sigue,
pero... oculta en tu cueva!
¡No salgas! ¡No me mires!
No escuches más mis quejas,
ni me muestres tus patas,
¡ni tu cabeza negra!...
¡Sigue viviendo sigue,
inmunda compañera,
entre las hojas de laurel marchitas
de la corona vieja,
que en lo alto de mi lecho suspendida,
un triunfo, no alcanzado, me recuerda!

A MIS CRÍTICOS

Si supiérais con qué piedad os miro
y cómo os compadezco en esta hora.
En medio de la paz de mi retiro
mi lira es más fecunda y más sonora.

Si con ello un pesar mayor os causo
y el dedo pongo en vuestra llaga viva,
sabed que nunca me importó el aplauso
ni nunca me ha importado la diatriba.

¿A qué dar tanto pábulo a la pena
que os produce una lírica victoria?
Ya la posteridad, grave y serena,

al separar el oro de la escoria,
dirá cuando termine la faena,
quien mereció el olvido y quien la gloria.

EN EL SALÓN

En tu melena, de la noche habita,
temblaba una opulenta margarita
como un astro fragante entre la sombra;
de pronto, con tristeza,
doblaste la cabeza
y rodó la alta flor sobre la alfombra.
Sin verla, diste un paso
y la flor destrozaste blandamente
con tu escarpín de refulgente raso.
Yo, que aquello miraba, de repente
con angustia infinita,
al ver que la tortura deliciosa
se alargaba de aquella flor hermosa,
con voz que estrangulaba mi garganta
dije a la flor ya exánime y marchita:
“¡Quién fuera tú... dichosa margarita,
para morir así... bajo su planta!»

TÚ NO SABES AMAR

Tú no sabes amar; ¿acaso intentas
darme calor con tu mirada triste?
El amor nada vale sin tormentas,
¡sin tempestades... el amor no existe!

Y sin embargo, ¿dices que me amas?
No, no es el amor lo que hacia mí te mueve:
el amor es un sol hecho de llamas,
y en los soles jamás cuaja la nieve.

¡El amor es volcán, es rayo, es lumbre,
y debe ser devorador, intenso,
debe ser huracán, debe ser cumbre...
debe alzarse hasta Dios como el incienso!

¿Pero tú piensas que el amor es frío?
¿Que ha de asomar en ojos siempre yertos?
¡Con tu anémico amor... anda, bien mío,
anda al osario a enamorar los muertos!

AÚN

Mil veces me engañó; más de mil veces
abrió en mi corazón sangrienta herida;
de los celos, la copa desabrida
me hizo beber hasta agotar las heces.

Fue en mi vida, con todas sus dobleces,
la causa de mi angustia –no extinguida–
aunque, ¡pobre de mí! toda la vida
su mentiroso amor... pagué con creces.

Los tiempos han pasado; ya su boca
no me da sus caricias, ni me abrasa
el fuego de sus ósculos de loca;

¡y sin embargo mi pasión persiste...
pues, cuando a veces por mi senda pasa,
me alejo mudo, y cabizbajo... y triste!

CANDOR

Azul... azul... azul estaba el cielo.
El hálito quemante del estío
comenzaba a dorar el terciopelo
del prado, en donde se remansa el río.

A lo lejos, el humo de un bohío,
tal de una novia el intocado velo,
se alza hasta perderse en el vacío
con un ondulante y silencioso vuelo.

De pronto me dijiste: –El amor mío
es puro y blando, así como ese río
que rueda allá sobre el lejano suelo–

y me miraste al terminar, tranquila,
con el alma asomada a tu pupila.
Y estaba azul tu alma como el cielo.

LA GRAN TRISTEZA

Una inmensa agua gris, inmóvil, muerta,
sobre un lúgubre páramo tendida;
a trechos, de algas lívidas cubierta;
ni un árbol, ni una flor, todo sin vida,
todo sin alma en la extensión desierta.

Un punto blanco sobre el agua muda,
sobre aquella agua de esplendor desnuda
se ve brillar en el confín lejano:
es una garza inconsolable, viuda,
que emerge como un lirio del pantano.

¿Entre aquella agua, y en lo más distante,
esa ave taciturna en qué medita?
No ha sacudido el ala un solo instante,
y allí parece un vivo interrogante
que interroga a la bóveda infinita.

Ave triste, responde: ¿Alguna tarde
en que rasgabas el azul de enero
con tu amante feliz, haciendo alarde
de tu blancura, el cazador cobarde
hirió de muerte al dulce compañero?

¿O fue que al pie del saucedal frondoso,
donde con él soñabas y dormías,

al recio empuje de huracán furioso,
rodó en las sombras el alado esposo
sobre las secas hojarascas frías?

¿O fue que huyó el ingrato, abandonando
nido y amor, por otras compañeras,
y tú, cansada de buscarlo, amando
como siempre, lo esperas sollozando,
o perdida la fe... ya no lo esperas?

Dime: ¿Bajo la nada de los cielos,
alguna noche la tormenta impía
cayó sobre el juncal, y entre los velos
de la niebla, sin vida tus polluelos
flotaron sobre el agua... al otro día?

¿Por qué ocultas ahora la cabeza
en el rincón del ala entumecida?
¡Oh, cuán solos estamos!... Ves, ya empieza
a anochecer: Qué igual es nuestra vida...
Nuestra desolación... Nuestra tristeza.

¿Por qué callas? La tarde expira, llueve,
y la lluvia tenaz deslustra y moja
tu acolchado plumón de raso y nieve,
¡huérfano soy!...
¡La garza no se mueve...
y el sol ha muerto entre su fragua roja!

A COLOMBIA

Golpea el mar el casco del navío
que me aleja de ti, patria adorada.
Es medianoche; el cielo está sombrío;
negra la inmensidad alborotada.

Desde la yerta proa, la mirada
hundo en las grandes sombras del vacío;
mis húmedas pupilas no ven nada.
Qué ardiente el aire; el corazón qué frío.

Y pienso, ¡oh patria!, en tu aflicción, y pienso
en que ya no he de verte. Y un gemido
profundo exhalo entre el negror inmenso.

Un marino despierta... se incorpora...
aguza en las tinieblas el oído
y oigo que dice a media voz: ¿Quién llora?

INTRODUCCIÓN

(al poeta)

El verso debe ser claro y sonoro
como el agua del mar y como el oro.

El verso debe ser firme y radiante,
lo mismo que el acero y el diamante.

Debe ceñir inmarcesibles galas,
subyugar o abatir... y tener alas.

Trabajo es gloria: ¡trabajad, poeta,
mellad vuestro buril en la faceta!

Si queréis officiar en el santuario
de la fama, triunfar en la tarea,
cread... y sed orfebre y lapidario:
haced un luminar de cada idea
y haced de cada verso un solitario.

POR QUÉ SE MATÓ SILVA

En lo más abrupto y alto
de un gran peñón de basalto,
detuvo un águila el vuelo:
miró hacia arriba, hacia arriba,
y se quedó pensativa
al ver que el azul del cielo
siempre alejándose iba.

Escrutó la enorme altura
y, con intensa amargura,
sintió cansancio en las alas;
(en la glacial lejanía
el sol moría... moría
entre sus sangrientas galas
bajo la pompa del día).

Y del peñón por un tajo,
miró hacia abajo, hacia abajo,
con desconsuelo profundo:
el ojo vivo y redondo
clavó luego en lo más hondo...
y asco sintió del mundo:
¡vio tanto cieno en el fondo!

Si huía el azul del cielo;
si hervía el fango en el suelo:
¿Cómo aplacar su tristeza?
¡Ah! fue tanta su aflicción
que en su desesperación
se destrozó la cabeza
contra el siniestro peñón.

A MI MADRE

Todavía el dolor ara en su frente;
se humedecen sus ojos todavía;
sus ojos, ¡ay! donde también el día
radió como en las cumbres del oriente.

Huyen las tempestades de mi mente
cuando los dedos de su mano fría,
se hunden, temblando, en la melena mía
y amorosos la erizan blandamente.

Ella es el astro de mi noche eterna:
su limpia luz, en mi interior, se expande
como el lampo del sol en la caverna.

Yo la adoro. La adoro sin medida,
con un amor como ninguno, grande:
grande a pesar de que me dio la vida.

AVE GRIS

De la pared la escala suspendida...
y al pie de la pared... tú y yo, mi vida.

En la triste y desierta
soledad de los ámbitos azules,
como una novia muerta,
la blanca luna entre nevados tules.

Silencio, ni un ruido,
mudo el viento en los árboles dormido.

Tú, mustia y temblorosa
como el pétalo casi desprendido
del cáliz de una rosa.

Después... las explosiones
del amor, tanto tiempo comprimido,
en nuestros anhelantes corazones.

El vértigo. ¡Los éxtasis profundos
debajo de la noche y de los mundos!

Luego... un ave que cruza
el aire, que nos mira y lanza un grito:
una enorme lechuza,
que se pierde en el lóbrego infinito.

Tú, que huyes asustada;
yo, que subo la escala y luego... nada.

Hoy ha cambiado todo,
¡oh niña, y de qué modo!

El espantoso olvido,
como pájaro lúgubre e inquieto,
en la noche de tu alma se ha cernido.

Sabes que soy discreto
y que nunca hablaré de tu secreto.

Mas, no sabes, ignoras
cuán amargas y tristes son mis horas.

No sabes que me río
y que me estoy muriendo, ¡á pesar mío!

Mas no importa; que cante
de alegría tú nuevo y dulce amante.

De tu honor ostentando los tesoros
hoy por la senda de tu amado cruzas,

porque sabes muy bien que hablan los loros,
pero no las lechuzas!

ORO EN POLVO

¡Quién fuera mariposa!
Flor del aire, luciente y fugitiva;
envidio esa existencia temblorosa,
que siempre en pago de la miel que liba,
deja un polvo de oro en cada rosa.

TU CUERPO

Desde el prodigio de tus pies menudos
hasta el milagro de tu blondo pelo,
tus contornos, turgentes y desnudos,
fingen una visión tallada en hielo.

Una visión de soberana diosa
en que todo supera al arte griego,
desde tus plantas de color de rosa
hasta tus rizos de color de fuego.

¿En dónde están los mágicos cinceles
que tallaron perfectas esculturas?
¡Oh Fidias inmortal, oh Praxiteles!

Dejad vuestras sagradas sepulturas
y venid a arrojar vuestros laureles
ante la más cabal de las hechuras!

LA NOVIA ETERNA

Ávido el mar de poseer la tierra,
al sonoro aletazo de la brisa,
en salto audaz, con ímpetu que aterra
cubre la playa a su pasión sumisa.

Y un grito lanza, un grito formidable
de impaciencia y de amor, de ira y de pena,
al ver que sólo acariciar le es dable
las mismas rocas y la misma arena.

Y alarga hacia su eterna prometida
su amargo belfo azul, bajo la bruma,
en demanda de un ósculo de vida;

y al sentir la impotencia que lo abruma,
ruge... y le arroja en cada arremetida
todos los azahares de su espuma.

LAS MANOS DE MI MADRE

Manos que en el crespón de la tiniebla
de la noche insonora
pálidas flotan como airón de niebla.
¡Oh, las manos difuntas
de la triste señora,
de la madre doliente
que ha tiempo no responde a mis preguntas!
¡Oh manos que existieron solamente
para elevarse a Dios y vivir juntas!

Manos hechas de amor, adoloridas,
sangradas sin cesar por los abrojos
de las ajenas vidas...
Que nunca hubieron de ocultar sonrojos,
que en el mundo cerraron mis heridas
y que se fueron sin cerrar mis ojos.

¡Oh manos aguzadas
por el dolor y la piedad... divinas
manos que vi a menudo entrelazadas
cual si una de la otra, acaso por lo finas,
siempre hubiesen estado enamoradas!

Manos claras, radiosas,
que siempre aleteantes y piadosas,
esparciendo un frescor de esencias vagas,
posábanse cual níveas mariposas
en los rojos claveles de las llagas.

Manos alabastrinas,
frágiles y pequeñas,
cuyos dedos de raso,
en la noche del mal llena de espinas,
me llamaron por señas
y enderezaron mi torcido paso.

Manos claras, serenas,
azuladas apenas
por la red de las venas,
que parecían, al tocar las cosas,
por encima, azucenas;
y por debajo, rosas.

Manos sabias, prolijas,
que mi sudor secaron en la cuesta
que me tocó subir... Manos de santa
que nunca entorpecieron las sortijas,
y en mi noche más lóbrega y funesta
trizaron la blasfemia en mi garganta.

Desde la eternidad donde cual una
tenue gasa de luna
flotáis, manos queridas
que nunca hubisteis de ocultar sonrojos
y en el mundo cerrasteis mis heridas...
volved, ¡oh manos!... ¡y cerrad mis ojos!

REGRESO Y ADIÓS A LA CIUDAD

Vengo de la montaña.

Retorno al fin a la ciudad querida,
mas con un hierro en la sangrienta entraña,
donde el pájaro amor canta y se anida;
dejé allá, muy adentro, una cabaña,
un gotear de perlas y una herida.

Traigo el cerebro henchido de visiones;
vengo oloroso a virginal maraña
y a tierra removida.

Vuelvo como me fui, sin ambiciones,
aunque con menos vida,
más viejo sí, pero con más canciones.

Ved mi rostro azotado por los vientos
y ardido por el sol. –Mirad, hermanos–
hoy mis ojos están más soñolientos,
y más duras, más ásperas, mis manos.
Pavor dando a los rudos campesinos
he desbocado mi corcel a veces
por los largos caminos

que eternizan las curvas de sus eses;
y hemos vuelto de noche sin ruido,
por entre sombra y bruma,
cual dos fantasmas: yo, despavorido,
y él cubierto de espuma.
Sudoroso, anhelante, he perseguido
al ciervo en sus alígeras carreras,
he estrangulado al crótalo, he vencido
cara a cara a las fieras.

A los golpes del hacha
he derribado, bajo el sol furente
y bajo el brusco soplo de la racha,
el árbol... y he sembrado la simiente.
He descubierto muchos horizontes,
muchas playas risueñas,
y he ascendido a las cumbres de cien montes
y he escalado las rocas de mil breñas.
Y viendo siempre mi esperanza trunca
he descendido al mar, y sus riberas
he recorrido en solitarias rondas
sin fatigarme nunca,
nunca jamás, lo mismo que sus ondas.

Todo por si podía,
castigando mi carne, dar reposo
a las tormentas de la mente mía.
¡Con qué placer exterminar quería
mis sueños y mis ansias de coloso!

A la montaña fui porque creía
que del mal de pensar me curaría
que bajo el árbol corpulento y bajo
la selvática frescura
de la fosca espesura
el material trabajo
iba a matar la cerebral tortura.

A la montaña fui porque creía
que al recobrar mi fe me postraría
como el gañan, sin el dolor siniestro,
para decir uncioso: «¡Ave María!»
y, con las manos juntas: « ¡Padre Nuestro!»

Inútil todo. El hado
en cada sitio, en cada día,
entre mis labios reventó la estrofa,
desfloró su rosal la poesía.

Mi alma rebelde que a la fe resiste,
vio a través de las cuencas de su alvéolo
la tierra más feraz... pero más triste.
El cielo más azul... pero más solo.

Una nueva ansiedad de aturdimiento
de mi monte profundo,
de mi senda escondida,
arráncame hoy... y errante como el viento
en busca de la tierra prometida
otra vez voy a recorrer el mundo.
¡Adiós! No sé si volveré mañana,
harto otra vez de la mentira humana.
Ignoro las supremas decisiones
de la suerte en mi próxima partida;
mas, si llego a tornar a estas regiones,
será con mucha menos vida,
más viejo sí... pero con más canciones.

TU PAÑUELO

Se impregnó de tu boca...
Se impregnó de tu seno...
y cuando estuvo todo
de tus aromas lleno,
voló a mí como loca
mariposa de nieve,
y se durmió en mi boca
como un sueño tan leve,
que hoy, al radiar el día,
aquella frágil gasa
en mi boca fingía
un lirio que moría
de amor... sobre una brasa.

¡ABANDONADO!

Solo, como un espectro por el mundo
iba, cuando me hallaste y me dijiste:
«¡Refúgiate en mis brazos, hombre triste.
Soy tuya, Soñador Meditabundo!»

Y fuiste mía; sin embargo hoy hundo
la frente en la almohada en que pusiste
tu cabecita núbil... y en que oíste
la serenata de mi amor profundo.

Y ya no estás allí. La marejada
del mal, con golpe aleve y tremebundo
te arrojó al lupanar... ¡Desventurada!

Y hoy, mientras haces tu comercio inmundo,
yo prosigo como antes mi jornada,
solo, como un espectro por el mundo.

AL TEQUENDAMA

¡Ah! yo como tú; también fui río;
me deslicé por sobre blanda arena,
bajo un cielo de bóveda serena,
y recorrí la vega y el plantío.

Más tarde, la fatiga y el hastío,
y más que todo, la desdicha ajena,
al repletar mi corazón de pena,
me sentí desplomado en el vacío.

Y estoy cayendo en el abismo oscuro
de mi dolor letal, sordo, infinito...
como tú, del peñon inmoble y duro.

Voy, como tú, tras negra lontananza,
lanzando siempre, como tú, mi grito;
¡ay! pero sin un iris de esperanza.

COMO LAS OLAS

Pasa la onda amarilla
del revuelto Magdalena
y gime y lame la orilla
de blanda y menuda arena.

Ya se detiene, ya huye
sin recelo, sin temor;
aquí una rama destruye,
allá deshoja una flor.

Pero en su larga carrera
nunca llega a imaginar
que otra onda azul la espera,
la onda amarga del mar.

Nuestros hados, niña loca,
como aquellas olas son:
yo hallé néctar en tu boca;
tú, hiel en mi corazón.

EL PODER DEL CANTO

Tañe Orfeo su cítara y avanza
con pie seguro hacia el remoto oriente;
canta y su voz desbórdase en torrente
de fe y de amor, de vida y de esperanza.

Camina... y la brumosa lontananza
despéjase ante el lírico potente,
cuyo canto retumba en el ambiente
rindiendo todo cuanto a herir alcanza.

Al vasto azul se asoman los querubes...
El mago mira en torno, y sus sombríos
ojos le advierten que a distancia corta,

hombres, fieras, reptiles, aves, nubes,
montes y valles, piélagos y ríos
lo van siguiendo en procesión absorta.

LOS BESOS EN LOS OJOS

¿Y los ojos? Son ánforas repletas
de luz espiritual, ventanas puras
de cuyo marco penden las violetas
de las ojeras místicas y oscuras.

Los ojos son los faros de la vida,
son los cristales donde al amor asoma
su faz como una rama florecida
hecha de lumbre y de celeste aroma.

Los besos en los ojos... Todo beso
que en los ojos se da, se da en el alma;
beso dulce, castísimo... Por eso

cuando tras de besar tus labios rojos
quiero infundir a mis sentidos calma
pongo a soñar mis labios en tus ojos.

SONETO

Toma mi cuerpo, madre, te lo entrego
ensangrentado... como me lo diste;
sólo que a ti va ahora mudo y ciego,
menos lloroso... sí... pero más triste.

Gracias, madre; fue hermoso, tuvo suerte,
el mejor vino y el amor más loco
gozó en la lucha; pero poco a poco
lo echó el Asco en los brazos de la muerte.

Dale un gran beso de perdón, pero no llores,
no vayas a llorar; agradecida
pronto lo estará la madre Tierra.

¡Tú y ella, mis dos madres, mis amores!
¡Alégrate: la vida... la gran vida
comienza en toda tumba que se cierra!

EN EL CEMENTERIO

Cuando todos se alejaron de la blanca tumba
aquella,
donde sola, muda y fría
se quedaba ¡ella... ella...!
¡La adorada muerta mía!

Al ver toda su hermosura
para siempre desligada
de mi vida
y escondida
en la callada
sepultura,

con terrible voz, que aún oigo, grité: «Muerte
despiadada,
díme, ¿toda su belleza tornarése en polvo? Díme,
para el ser que implora y gime,
al final qué queda entonces de esta trágica jornada».

Pero nadie respondía;
sólo el eco repetía
el final de aquella frase: ¡nada...! ¡nada...! ¡nada...!
¡nada...!

EN EL MONTE

Ya poco o nada de mis glorias queda;
hoy, lejos de la lucha en que viví,
mezo la cuna de mi niña y rueda
como un susurro la existencia aquí.

En la brisa fugaz que blanda sopla,
llega de las ciudades hasta mí,
de cuando en cuando, el eco de una copla
de amor, que en otros tiempos escribí.

Y al recordar mi tormentosa vida
y lo que entre los hombres padecí,
bendigo en el silencio la escondida
senda que al fin y al cabo preferí.

Hoy todo, todo me parece un sueño,
todo, hasta las miserias que sufrí;
vivo como al influjo de un beleño,
y así resbala mi existencia, así...

Diéronme hiel en el falaz tumulto
humano hasta las bocas del rubí:
allá calumnia, allí grosero insulto,
allá traición y falsedad allí.

A mi patria, sumida en sus tristezas,
mi lira de oro y ébano le di,
ella a mí no me ha dado ni riquezas,
ni honores, no, pero su llanto sí.

Dejadme, pues en paz; nada he pedido,
mas hoy que vivo retirado aquí,
mezo la cuna de mi niña y pido
olvido, sólo olvido,
olvido irrevocable para mí.

EL GRAN CRIMEN

Su pupila brilló como una brasa
en la tiniebla de su rostro.

Ella,
como tras de una nube nívea estrella,
parecía irradiar bajo la gasa
de su túnica grácil:

Era una
melancólica anémona
entre una malla de fulgor de luna:
un lánguido asfódelo
que empezaba á dormir....era....¡Desdémona...!
Frágil y blanca, ante la noche: ¡Otelo!

El sultán de los celos implacables,
el demonio divino
del odio y del amor, sus formidables
ojos negros pasea
por el inmóvil cuerpo venusino
de su amada...
¡Su faz relampaguea
como un carbonizado torbellino,
como una tempestad sorda y oscura!

–Ah, yo soy como Dios, que siempre hiere
donde más ama! –con dolor murmura–
y acerca su puñal a la blancura
de aquella carne casta, y grita ¡Muere!
¡Y hunde, hasta la dorada empuñadura,
la fina hoja que a su mano adhiere!

¡Ni un ay! La sangre corre. Otelo llora:
y parece ante Otelo
aquella muerta, un témpano de hielo
que nada en los carmines de una aurora

¿Mayor crimen concibes?
¡Oh, qué execrable hora!
Era inocente. ¿Y tú? Ya ves: ¡tú vives!

A BOGOTÁ

I

¡Oh mi ciudad querida! hoy tan lejana
y tan inaccesible a mi deseo,
que al evocarte en mi memoria, creo
que fuiste un sueño de mi edad temprana

Te evoco así, como a quimera vana,
y al evocarte sin cesar te veo
resplandecer ante el ardor febeo
sobre la gran quietud de la sabana.

Y al pensar que en ti van hora, tras hora,
sucumbiendo los seres que amé tanto
y que la tierra sin piedad devora,

surges tras de la nube de mi llanto,
no como ayer, alegre y tentadora
sino como un inmenso camposanto.

II

¡Oh mi bella ciudad! Como en tu seno
vibró mi ser y aleteó mi rima
cuando en tu corazón hallé la cima
que asalta el rayo y que apostrofa el trueno.

Te poseí bajo tu azul sereno,
entre el halago dulce de tu clima,
y te ofrendé mi juventud opima
con tanto ahínco y con amor tan pleno,

que en las tinieblas de tus noches frías
y hasta en tus más recónditos rincones
deben sonar, cual ecos de otros días:

los sollozos de todas mis canciones,
los estruendos de todas mis orgías
y los gritos de todas mis pasiones.

EL ENTIERRO DE LILA

La última rosa en el jarrón expira.
-¿Quién vendrá a renovarla? El aire vuela
sobre la flor exánime y suspira,
en tanto que? mi corazón se hiela.

Huérfano de la albura de tu mano,
y en el silencio que en la sala flota,
polvoso, en un rincón, sueña el piano,
sueña que tú? le arrancas una nota.

Mi perro, Tom, agranda el dolor mío:
aúlla y viene y va de puerta en puerta;
cree que volaste y mira hacía el vacío...

Quizás te ve... La alcoba está desierta
y el lecho tibio aún, mañana frío
y solo. Acaban de sacarte muerta.

DULCE VENENO

Luego me dijo: Aun cuando mi alma anhele
la virtud y odie la maldad y el vicio,
ya ves, mi triste corazón se duele,
al contemplar el hondo precipicio
a donde el hado sin cesar me impele.

Con mi carga de amor y desconsuelo
voy a un próximo fin, paso entre paso,
rueda mi llanto hasta mojar el suelo
y miro dulcemente hacía mi ocaso
al ver la muda impavidez del cielo.

¡Ah, si acortar pudiera la jornada!
¡Es tan dura y tan grande mi fatiga,
mi senda tan oscura y desolada,
que quisiera morir...! Hoy nada, nada
fuera de ti, mi corazón mitiga.

Y yo te estoy matando ¡Oh, sí! Mis besos
te envenenan... en largo paroxismo
quedas tras tus eróticos excesos;
cuando en mi boca están tus labios presos,
tu boca está en la boca de un abismo.

Yo exclamé: ¿Morir quieres? En el seno
tú, mi cabeza, al espirar, coloca;
y después, si es verdad que es un veneno
de tu boca la miel, yo también peno,
mátame con la miel que hay en tu boca.

Colgóse entonces de mi cuello, hermosa,
transfigurada y llena de ternura,
puso en mi labio el suyo, hecho de rosa
y en una tregua larga y silenciosa,
lloramos de dolor... y de ventura.

DOS AMARGURAS DE DISTINTA FUENTE

Olas, vientos y espumas,
cielo y agua,
el sol, tras de las brumas,
muere en su roja y gigantesca fragua.

Una nívea gaviota
que se aleja
en el aire la nota
de un grito agudo y penetrante deja.

Yo solo, en la baranda
del navío
que cruje y tiembla y anda
penosamente sobre el mar, sonrío
y pienso en ti, y en mis pestañas brilla,
pura y sola,
una lágrima, rueda en mi mejilla...
y cae en las arrugas de una ola.

Y allá van... ola y llanto
juntamente:
¡dos símbolos eternos de quebranto!
¡dos amarguras de distinta fuente!

ÓSCULO TROPICAL

Y penetramos en el bosque, mudos,
en un cálido colmo de demencia;
nuestras manos en haz, como dos nudos
hechos de amor, temblaban de impotencia.

Y caímos de súbito embriagados
de voluptuosidad en las malezas;
y con los ojos húmedos, cerrados,
se confundieron nuestras dos cabezas.

De un divino manjar mi boca hambrienta
busco el botón colmado de rocío
de tu boca dulcísima y sangrienta.

Se hundió en tu boca el seco labio mío,
y el beso reventó como revienta
la ola airada en el peñón bravío.

TU ALMA

Bajo las morbideces de tu seno
donde el nácar el coral incrusta
sus botones de púrpura, sereno,
hierve tu corazón en sangre augusta.

Y bajo el terso y límpido alabastro
de tu frente de invicta Citerea,
vibra y deslumbra el luminoso rastro
del relámpago excelso de la idea.

Tu alma, digna de su forma pura,
como en palacio de marfil pasea
su bondad, su pasión y su ternura;

y es tan viva la luz que la caldea,
que traspasa tu espléndida hermosura
y a través de tu carne centellea.

REGRESO AL PASADO

I

Dilatada llanura, dilatada
perspectiva campestre, amplio horizonte
pleno de azul purísimo, cascada
refundida en los ámbitos del monte.

Viejo trapiche, rustico bohío
recostado en las frondas, solariega
casa de campo, turbulento río,
valle profundo, solitaria vega.

Tronco en que me senté con ella, acanto
cuya sombra profusa amparó nuestro
fugaz amor, tan vivo como santo.

Vuestro soy con mi vida y con mi estro;
vuestro, vuestro será mi mejor canto
y mi último suspiro será vuestro.

II

Lejanía del tiempo, lejanía
de mi niñez y de mi adolescencia.
Oasis de mi virgen alegría,
sagrario de mi cándida inocencia.

Terrores infantiles, sueños vagos
de glorias y de númenes ignotos,
paseos por la orilla de los lagos,
pláticas a la sombra de los sotos.

Primero, único amor, ánfora llena
de miel de rosas y del azul de cielo;
horas de luz en que la vida es buena.

Acercamiento a Dios... La frente inclino;
nacen las alas en mis hombros; vuelo...
y torno a recorrer todo el camino.

¡OH POETAS!

Nosotros los cansados de la vida,
los pálidos, los tristes,
los que vamos sin rumbo en el mar hondo
de la duda, entre escollos y entre sirtes;

Nosotros los ceñudos
náufragos, soñadores de imposibles;
los que damos en cláusulas candentes
el corazón, aunque sangriento, virgen;

Nosotros los cobardes
de esta contienda mundanal y horrible,
porque sentimos el dolor ajeno,
porque gemimos, ¡ay! por los que gimen;

Nosotros los que vamos
sin saber nuestro fin ni nuestro origen,
con los ojos clavados en la eterna
sombra, en busca de un astro que nos guíe;

Ya que no nos es dable
ver la virtud preponderante y libre;
pero sí el llanto y la miseria abajo,
y en la eminencia el deshonor y el crimen.

Ya que el siglo expirante
rueda a la noche lóbrega y sin límites
de la insondable eternidad cual monstruo
mudo y brutal como la esfinge;

Llevando en su carrera
la fe del corazón y las terribles
garras ensangrentadas,
como las garras con que apresa el buitre;

Ya que el talento es sombra
y luz el oro, con el cual consiguen
los perversos las honras, las conciencias
y hasta el azul donde el Señor sonrío;

Ya que la humanidad,
doliente, enferma, aunque solloce y vibre
como el mar en su lecho tenebroso,
del cielo ni una lágrima recibe;

Ya que la fuerza bruta
no pone ciega a sus desmanes dique,
y con fiereza y saña
echa el dogal y la garganta oprime,

dejemos las endechas
empalagosas, vana y sutiles:
No más flores, ni pájaros, ni estrellas...
es necesario que la estrofa grite.

Nuestra misión es santa:
no malgastemos en estrofas tímidas
la sacra inspiración que en nuestras frentes
arde con lampos de gloriosos fines.

Bajemos al abismo
del humano dolor: allí residen
áspides que se enroscan y gesticulan,
trasgos que se retuercen y maldicen.

Bajemos a ese infierno
poblado de sollozos donde viven
en espantoso maridaje, el hondo
grito blasfemo y la plegaria triste,

y enjuaguemos el llanto
de los eternos infelices
que ante el dolor sacuden los cabellos
como el corcel indómito las crines.

Quejémonos, hagamos
de los versos ariete irresistible
para romper el mal. Y altivos demos
aliento a la virtud, látigo al crimen.

Hagamos implacables y orgullosos,
si queremos ser grandes y ser libres,
un ramal de las cuerdas de la lira
para azotar con él a los serviles.

Que a nuestra voz descendan
de lo alto, los míseros reptiles:
todos, todos los déspotas del mundo,
todos, todos los Judas y Caínes.

Y no temamos nada,
aunque nos escarnezcan y castiguen.
Odio al cuervo, al murciélago y al buho;
Llor al lirio, a la paloma, al cisne.

Hondo desprecio y pena
para los jueces que la ley infringen;
para el cadalso, horripilante pulpo
que hace de sangre y llanto sus festines.

Oremos ante el ara
de la suprema redención; y el liquen
de la maldad, prendido a las nacientes almas
despedacemos con furor de tigres.

Que nuestros rudos cantos
vengadores, valientes y terribles,
rompan todas las máscaras hipócritas
y castiguen el rostro de los viles.

Así cuando los hielos de la muerte
nuestras bocas y párpados enfríe,
oíremos el aplauso de los buenos
al rodar en la gran noche sublime.

SUMERSIÓN

I

Yo suelo abandonarme en largas horas
al amor de mi tierra. Me reclino
bajo las viejas ramas crujidoras
de algún árbol frondoso del camino.

Los ojos cierro al soplo campesino,
que oliente a fresas y a maduras moras
me trae con la queja del molino
algún cantar de oscuras labradoras.

Y amo a la madre enorme, la amo y siento
una sed infinita de reposo
en el gran corazón de las montañas;

Y dándole la espalda al firmamento
me abrazo, entonces, a la tierra, ansioso
de hundirme y disolverme en sus entrañas.

II

Y me absorbo en la vida de la muerte,
sorda fecundidad que me cautiva,
la que el cadáver pútrido convierte
en fresco gajo o en corola viva;

la que elabora, en todos los hervores
invisibles, la fuerza que subyuga;
la que llevan las alas a las flores
desde el antro mortuario de la oruga;

la que en el infinito impenetrable
y en el laboratorio de lo inerte
es mientras más sutil más insondable;

en la luz o en la sombra tan temida
siempre será la vida de la Muerte
más bella que la vida de la Vida.

ESTÍO

Es rescoldo
la ancha tierra, bajo un toldo
de verdura, una joven campesina
en el pecho de su amante
se reclina;
un arroyo serpentea, susurrante,
salta en tumbos que retumba
en las rocas del vibrante
bosque espeso;
los insectos giran, zumban
como nube de ámbar y oro,
y en el aire suena un beso
y un «¡te adoro!»
Ni una nube
mancha el cielo;
un gran hálito de horno, sube, sube
a las ramas silenciosas, desde el suelo.

¡Cuán hermosa
la muchacha! Su mejilla
viva rosa;
y su boca, almibarada,
tiene muchos más rubíes,
muchos más que una granada.

Olorosa como el heno,
y brillante como el heno su cabeza
se endereza
como enorme flor de oro,
sobre un tallo de esbeltez y vida lleno,
mientras se alzan, con la espuma
del encaje de su traje,
medios ocultas,
las dos ondas de su seno.

El estío, por las ramas,
soñolientas, tembladoras,
filtras llamas, llamas, llamas
quemadoras.

Un suspiro, moribundo,
de amor, pasa por el mundo;
la joven, suelto en rizos el cabello
poderoso y ondulante,
sus desnudos brazos finos,
echa al cuello
de su amante;
y se ciñe toda, toda,
al mancebo noble y fuerte:
es el día de su boda.

Con voz tierna,
asegura que su dicha
será eterna.

Por un claro del gran bosque yo la veo
que se agita, jadeante,
bajo el ansia del deseo.

El ambiente la sofoca;
el placer la descoyunta;
y, ébria y loca,
a los labios del mancebo,
sus ardientes labios junta.
Y las dos palpitaciones
de sus buenos corazones
anhelantes
repercuten de la selva los rincones
más distantes...
Mediodía!
al cenit el sol ya llega,
y sus dardos ardorosos, deslumbrantes,
a la madre tierra envía.

El estío, por las ramas,
soñolientas, tembladoras,
filtra llamas, llamas, llamas
quemadoras.

JULIO FLÓREZ

(Chiquinquirá, 1867; Usiacurí, Atlántico, 1923), el más popular y representativo de los bohemios de la Gruta Simbólica (Tertulia Literaria de Bogotá). De naturaleza enfermiza, temperamento bohemio, y aventurero.

Ingresó en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, para realizar estudios de Literatura, pero no los culminó debido a la guerra civil de 1885. Estuvo en Madrid como agregado a la Legación de Colombia en España. Por sus títulos publicados, podríamos catalogarlo como “caballero del romanticismo”: *Cardos y lirios* (1905); *Manejo de Zarzas* (1906); *Cesta de lotos* (1906); *Oro y ébano* (1943). Publicados en España: *Fronde lírica* (1908); y *Gotas de ajeno* (1909). En su obra se cruzan el fervor religioso, la blasfemia y la entonación pagana; triste y sentimental, su dolor es sincero y con él llega al pueblo y a lo popular.

Julio Flórez fue consagrado y coronado como poeta nacional en 1923, año en el que muere, a los 55 años de edad.

CONTENIDO

Todo nos llega tarde [7], Mis flores negras [8],
Resurrecciones [9], Deshielo [10], Idilio eterno [11],
La araña [14], A mis críticos [19], En el salón [20],
Tú no sabes amar [21], Aún [22], Candor [23],
La gran tristeza [24], A Colombia [26],
Introducción [27], Por qué se mató Silva [28],
A mi madre [30], Ave gris [31], Oro en polvo [33],
Tu cuerpo [34], La novia eterna [35],
Las manos de mi madre [36],
Regreso y adiós a la ciudad [39], Tu pañuelo [43],
¡Abandonado! [44], Al Tequendama [45],
Como las olas [46], El poder del canto [47],
Los besos en los ojos [48], Soneto [49],
En el cementerio [50], En el monte [51],
El gran crimen [53], A Bogotá [55],
El entierro de Lila [57], Dulce veneno [58],
Dos amarguras de distinta fuente [60],
Ósculo tropical [61], Tu alma [62],
Regreso al pasado [63], ¡Oh poetas! [65],
Sumersión [70], Estío [72]

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra

42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apúshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en agosto de 2012

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel periódico de 48,8 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem

